

En 2015 la Fundación Botín celebra la XXI edición de *Itinerarios*, un escaparate anual que expone los trabajos de los beneficiarios de las Becas de Artes Plásticas de la Fundación. Este año la muestra presenta obras de nueve artistas, cinco de ellos españoles, y cuatro procedentes de otros países: Cuba, Portugal, Estados Unidos y Venezuela. Algunos de esos creadores viven entre dos o más lugares, y la mayoría de ellos –si no todos– lleva ese estilo nómada de vida que caracteriza hoy a tantos y tantos artistas y profesionales del mundo del arte.

Es habitual que *Itinerarios* se haga eco del estado actual de las artes, funcionando como una instantánea de las tendencias que predominan en un momento dado, lo que podría deberse a la especificidad de una beca que aspira ante todo a promover ambiciosos proyectos de investigación que, por lo general, acaban suponiendo un importante punto de inflexión en la trayectoria de los becados. De ahí el carácter experimental de muchos de los proyectos y ese cierto grado de libertad formal que descubrimos en los montajes expuestos. En la presente edición detectamos un interés especial en explorar la idea del objeto artístico como interfaz.

Nuestro entorno vital responde, cada vez más, a nuestra presencia, exigiendo de nosotros una aportación activa. Nuestra rutina diaria incorpora un número cada vez más abundante de dispositivos interactivos y sistemas de *feedback*. Hace dos décadas se acuñó el término *estética relacional* para describir una

práctica artística que contemplaba la participación del espectador como un elemento clave para crear significado. Pensada para implicar al visitante, la obra se concebía como entorno, como instalación, un enfoque en el que los artistas de hoy profundizan, reflexionando al hacerlo sobre el efecto de la interactividad como elemento clave en la cultura contemporánea. Un concepto, ese de la interfaz, que impregna la investigación formal de estos artistas y conforma su interés en producir unas obras de arte «abiertas», que pueden ser formalmente inestables e ir evolucionando con el transcurso del tiempo. Pero además, les permite embarcarse en una investigación conceptual iniciada hace ya décadas, que tiende a cuestionar la idea de la obra de arte como producto y pone de manifiesto que la forma acabada esconde, de algún modo, el proceso intelectual y físico de su producción.

Pero esas formas artísticas más fluidas pueden asimismo reflejar la comprensión del tiempo, un producto que se vuelve cada vez más precioso conforme se intensifica nuestra exposición al flujo constante de información a que nos vemos sometidos, y que exige de nosotros mayores capacidades de procesamiento para asimilar la complejidad de nuestro entorno. Se trata de un fenómeno que ha afectado al proceso creativo en la misma medida que al resto de las actividades humanas. Para ilustrarlo, podría servirnos, a modo de metáfora, el concepto de «tiempo de procesamiento»: hasta hace poco, la gestión informática de

flujos de datos grandes y complejos (por ejemplo, cálculos o documentos de vídeo) precisaba de ese «tiempo de procesamiento» para completar su tarea. Poco a poco, la mayor potencia de las máquinas ha hecho desaparecer ese momento de latencia y en la actualidad el procesamiento informático se ha convertido en una velocidad de referencia, una nueva medida de precisión. Se diría que es ahora la mente humana la que necesita ajustarse a esas nuevas condiciones, con el enorme reto que ello supone.

Y aunque la exposición artística podría ser uno de los pocos espacios que quedan para la reflexión y la contemplación, los artistas continúan haciendo frente al nuevo estado de la cultura con trabajos que pueden adoptar la forma de documentos –textos, imágenes, reliquias– ofrecidos para consulta, convirtiendo al visitante en una suerte de investigador que extrae sus propias conclusiones al procesar los elementos expuestos, en un proceso que hace pensar en el científico que publica regularmente en revistas o en ponencias de congresos el estado de su trabajo sin interrumpir su tarea de laboratorio. Ese formato documental/instalativo refleja las reflexiones y las huellas de un proceso continuado de pensamiento que se nos antoja difícil de plasmar en algo fijo: una forma que sugiere un cambio constante muy parecido al del mundo que habitamos.

El concepto formal de ensamblaje podría asimismo definir gran parte de la obra expuesta

en esta última entrega de *Itinerarios*, en la que los artistas combinan libremente elementos procedentes de diversos medios –pintura, escultura, fotografía, vídeo y performance– para crear unas estructuras narrativas híbridas o de múltiples capas. Esa combinación de elementos es precisamente la responsable de generar en la exposición una estructura abierta que el visitante activa al asociar mentalmente sus componentes, con frecuencia poniéndolos en relación con el espacio que ocupan, con lo que la arquitectura del espacio se constituye en parte integrante de la propuesta artística. La condición formal de la obra puede asimismo evolucionar con el paso del tiempo, por ejemplo, al «activarse» mediante la performance.

Las similitudes en las preocupaciones expresadas por los artistas participantes en la edición número veintiuno de *Itinerarios* tienen como contrapunto la diferencia de aproximaciones y tácticas empleadas por cada uno de ellos. Juntos ofrecen una perspectiva muy rica de la práctica artística contemporánea de una nueva generación.

Fundación Botín

Marzo 2015